

Wilkie Collins

Basil



Basil, benjamín de «un caballero inglés de inmensa fortuna», se enamora de un flechazo de una muchacha a la que un día ve casualmente en un ómnibus. Después de conocerla, accede a casarse con ella, con la insólita condición, impuesta por el padre de la muchacha, de no consumir el matrimonio hasta que pase un año. Así empieza «la historia de un error inocente en sus comienzos, culpable en su desarrollo, fatal en su desenlace»: la historia, en suma, de una degradación por amor. Un año después, un terrible descubrimiento arrastra a los personajes a una pesadilla de culpa, venganza, violencia y muerte en la que el bien y el mal revelan ocultas, perversas fraternidades.

Segunda de las novelas de Wilkie Collins, *Basil* (1852) es ya un elocuente ejemplo de su universo característico, en el que, escarbando en «el secreto teatro del hogar», sin traspasar nunca los delicados muros de un interior doméstico, se encuentran toda la pasión y la sinrazón brutal de la novela gótica.

NOTA AL TEXTO

Basil se publicó por primera vez en 1852 con el subtítulo de *A Story of Modern Life*. A esta edición siguió una segunda sin modificaciones, en 1856. En 1862, Wilkie Collins suprimió el subtítulo y corrigió significativamente el texto para una nueva publicación. Sobre esta versión, aceptada como definitiva, se basa nuestra traducción.

CARTA A MODO DE DEDICATORIA

AL SEÑOR CHARLES JAMES WARD

Hace ya muchísimo tiempo que esperaba con verdadero placer, mi querido y viejo amigo, que llegase el momento propicio para rendirle el debido reconocimiento por el gran valor en que tengo el afecto que usted me profesa, así como el agradecimiento por las muchas muestras de amabilidad que ese afecto me ha deparado, y que ahora le ofrezco con inmensa alegría en este lugar. Al dedicarle esta obra que ahora se publica, cumplo por consiguiente un propósito que durante bastante tiempo he deseado muy sinceramente llevar a cabo. Por si fuera poco, para mí gano la satisfacción de saber que habrá al menos una página de mi libro que siempre habré de contemplar con absoluto placer, y no es otra que la página que lleva su nombre.

El principal acontecimiento del que brota esta narración es un suceso real del que he tenido conocimiento. Al dar después forma al relato, a medida que se me iba sugiriendo por sí solo, lo he guiado casi siempre hacia el terreno que mejor conozco por mi propia experiencia, o bien por las experiencias que me han referido otros, de manera que, en su transcurso, incidiera sobre algo real y verdadero. Mi idea era que cuanto más pudiera cosechar de lo real, en calidad de texto a partir del cual hablase, tanto más seguro podría estar respecto del valor genuino de lo ideal que sin duda brotaría de él. La imaginación y la fantasía, la elegancia y la belleza, y todas las cualidades que son para la obra de arte lo que son para la flor el aroma y la coloración, solo

pueden ascender hacia el cielo si están enraizadas en la tierra. ¿No es acaso la más noble poesía esa ficción en prosa de la verdad cotidiana?

Así pues, dirigiendo siempre que pude a mis personajes y a mi relato hacia la luz de la realidad, no he dudado en violar algunas convenciones de la ficción sentimental. Por ejemplo, el primer encuentro amoroso que se produce entre dos de los personajes del libro tiene lugar precisamente donde se produjo el auténtico encuentro amoroso en el que se inspira, esto es, en el último lugar y en las ultimísimas circunstancias que sancionarían los artífices de la ficción sentimental. Así pues, no sé si mis amantes darán pie al ridículo en vez de suscitar interés, pues los he representado de manera fehaciente en la situación en que se han encontrado cientos de amantes, tal como seguramente reconocerán cientos de personas cuando lean el pasaje al que me refiero. Pero a ese respecto me siento tan optimista y tan confiado que prefiero no pensarlo.

Por ello, en algunas partes de este libro, en las que he procurado excitar la tensión o la piedad que pueda sentir el lector, he admitido los sonidos callejeros más ordinarios que se puedan escuchar por ahí, ya que los considero accesorios perfectamente idóneos. Y también he reflejado los acontecimientos callejeros más ordinarios, en el momento y el lugar representados, convencido de que al resaltar la verdad resaltan la tragedia, resaltando en conjunto la fuerza de los legítimos contrastes como ningún otro artificio literario podría resaltar, por mucho que fueran hábilmente introducidos, ni siquiera por mano habilísima.

Permítame abundar un poco más en la historia que se relata en estas páginas.

Convencido de que la novela y el drama son hermanas gemelas en la familia de la ficción, de que una es el drama narrado y otra el drama representado; convencido de que todas las profundas, intensas emociones que el dramaturgo tiene el privilegio de suscitar, también puede suscitarlas el

narrador de forma igualmente privilegiada, no me ha parecido acertado, ni menos aún necesario, respetar únicamente las realidades cotidianas, si bien he respetado las realidades. Dicho en otros términos, no me he rebajado tanto como para asegurarme la credibilidad del lector, la verosimilitud de mi relato, por el procedimiento de no exigirle en ninguna ocasión que haga uso de su fe. Los accidentes y sucesos extraordinarios que pueden ocurrir y que ocurren de hecho a muy pocos hombres, me parecían material tan legítimo con el que trabajar en la ficción —siempre y cuando hubiera un buen propósito para utilizarlos— como los accidentes y sucesos ordinarios que pueden afectarnos y de hecho nos afectan a todos. Al apelar a las genuinas fuentes de interés que pueda haber dentro de la esfera de interés del propio lector, sin duda podía empezar por contar con toda su atención; sin embargo, solo al apelar a otras fuentes (a su manera, igual de genuinas), situadas más allá de su experiencia, podía contar con su interés y con excitar su incertidumbre, con despertar sus sentimientos más profundos y con agitar sus más nobles pensamientos.

Escribiendo en estos términos —de manera muy breve y muy general, pues no debo alejarle demasiado de la historia en sí—, no me queda otro remedio que repetir, espero que innecesariamente, que aquí me limito a comentar lo que he intentado hacer. Entre el propósito que aquí sugiero y la ejecución de ese propósito tal como se plasma en las páginas siguientes, se encuentra la amplia línea de demarcación que distingue la voluntad del acto. Aún está por precisar que me haya quedado corto según el criterio de los más exigentes. Que me haya quedado corto según mi criterio es algo que sé de forma tan precisa como dolorosa.

Una palabra más sobre el modo en que se lleva a cabo el propósito de las páginas que siguen.

Quien reconozca que el cometido de la ficción estriba en poner de manifiesto la vida de los hombres, no podrá desmentir que las escenas de crímenes y de miserias a la

fuerza han de formar parte de dicha exposición, al menos mientras la naturaleza de los hombres siga siendo como es. Nadie podría afirmar que dichas escenas no arrojen resultados útiles, siempre y cuando se pongan al servicio de un propósito moral tan sencillo como puro. Si alguien me preguntase por qué he escrito ciertas escenas de este libro, mi respuesta sería bien sencilla: habría que encontrarla en la verdad universalmente aceptada que expresan las páginas precedentes. Tengo todo el derecho de apelar a esa verdad, ya que es la que me ha guiado a lo largo de este escrito. Al extraer esa lección, que se contiene en las páginas siguientes, de los ejemplos del error y del delito que de forma más pasmosa y natural la manifiestan, decidí hacer justicia a la honestidad de mi propósito diciéndolo con toda claridad. Al hacer uso de los dos personajes de mi historia, cuyas acciones ponen de relieve las escenas más oscuras de mi relato, no he olvidado que tenía por deber, aparte de retratarlos al natural, ponerlos al servicio de un buen propósito moral; a costa de sacrificar, en ciertos pasajes, el efecto dramático (aunque espero no haber sacrificado la verdad natural), he mostrado tal cual es la conducta de los viles, relacionada como siempre en menor o mayor grado con algo que resulta en sí egoísta, despreciable o cruel. No sé si algunos personajes míos conseguirán hacerse querer por parte del lector, pero hay una cosa que sí sé con seguridad: en ningún caso le engañaré para dirigir sus simpatías hacia el lado de los malos.

A las personas que disientan de los amplios principios que aquí se esbozan, a las que nieguen que la vocación del novelista ha de ser algo más que entretenerlas, a las que se aparten espantadas de toda referencia seria y honesta que, en los libros, se haga a cuestiones que a su juicio sean privadas y que, sin embargo, comenten en público; a quienes vean implicaciones encubiertas allí donde nada se implica; a quienes vean alusiones impropias allí donde no las hay; a quienes tengan total inocencia en la palabra, que no en el

pensamiento; a quienes vean que la moralidad termina en la lengua, sin llegar nunca al corazón, a todas esas personas me parece que será una pérdida de tiempo ofrecer cualquier otra explicación de mis motivos que no haya dado hasta ahora. A esas personas no me dirijo en este libro, y tampoco pienso dirigirme a ellas en ningún otro.

Estas palabras formaban parte de la introducción original a esta novela. Las escribí hace casi diez años, y lo que dije entonces lo sostengo ahora.

Basil fue la segunda de mis obras de ficción. Fue condenada de antemano en el momento en que apareció, al menos entre ciertos lectores que la tomaron por un ultraje a su idea de la propiedad. Consciente de haber diseñado y de haber escrito mi relato con la más estricta consideración a la verdadera delicadeza, lejos de toda falsedad, permití que las interpretaciones lascivas de algunos pasajes totalmente inocentes de este libro se abriesen paso de forma absolutamente ofensiva, sin tomarme la molestia de protestar y de hacer valer la opinión que me suscitaron, dando por bueno el desprecio. Yo sabía que *Basil* no tenía nada que temer de los lectores puros de mente, y dejé que esas páginas se hicieran valer o fracasar según sus propios méritos. Lentamente, y con toda seguridad, mi relato se abrió paso a despecho de las críticas adversas, y halló en el favor del público un lugar que no ha perdido desde entonces. Algunos de los mejores amigos que ahora tengo llegaron a ser amigos míos a través de *Basil*. Parte del reconocimiento más gratificante a mi trabajo que he recibido de lectores que me eran desconocidos, ha sido el reconocimiento dado a la pureza de esta historia, de la primera página a la última. El perdón que ahora he de pedir por *Basil* es el perdón por sus defectos literarios, resultado de la inexperiencia, que ninguna corrección podría quitar del todo, y que

nadie ve, al cabo de estos diez años, mejor que su propio autor.

Solamente debo añadir que la presente edición es la primera que se beneficia de mi revisión. Si bien los sucesos de esta historia siguen siendo exactamente los que eran, confío que el lenguaje en que se expresan, en la mayor parte de los casos, se haya alterado para mejorar.

WILKIE COLLINS

Harley Street, Londres,
julio de 1862

PRIMERA PARTE

I

¿Qué es lo que estoy a punto de escribir? La historia de los sucesos que tuvieron lugar en poco más de un año, uno solo de los veinticuatro que ha durado hasta hoy mi vida.

¿Por qué emprendo una tarea como esta?

Puede ser que por pensar que mi narración tal vez sirva para hacer el bien; puede ser que porque aspiro a que un buen día tal vez se le pueda dar uso a manera de advertencia. Estoy ahora a punto de relatar la historia de un error inocente en sus comienzos, culpable en su desarrollo, fatal en su desenlace; de buena gana persistiría en la esperanza de que mi relato, sencillo y fiel, ponga de manifiesto que este error no fue cometido del todo sin alguna excusa. Cuando alguien encuentre estas páginas después de mi muerte, tal vez pueda leerlas con calma y juzgarlas con ecuanimidad, como si fuesen reliquias investidas de solemnidad gracias a las sombras expiatorias de la tumba. Así, el duro veredicto contra mí dictado podrá quedar enjugado en el arrepentimiento; a los niños de la próxima generación de nuestro linaje se les enseñará a hablar caritativamente de mi memoria, y por su cuenta podrán pensar en mí con amabilidad y a menudo, en las pensativas vigiliadas de la noche.

Animado por estos motivos y por algunos otros que también siento, pero que no puedo analizar, acometo ahora esta ocupación que yo mismo me he impuesto. Escondido

en los montes más recónditos de la remota región oeste de Inglaterra, rodeado únicamente por los contados y sencillos habitantes de una aldea pesquera de la costa de Cornualles, no es muy de temer que distraiga mi atención de esta tarea, así como tampoco hay grandes posibilidades de que la indolencia en que pudiera caer retrase su pronta realización. Vivo bajo la amenaza de una hostilidad que pende sobre mí en todo momento y que bien podría descender y arrollarme sin que yo sepa cuándo, ni de qué forma. Un enemigo decidido, dispuesto a todo, mortífero, paciente y capaz por igual de esperar días o años, hasta que llegue su oportunidad, en todo momento acecha mis pasos desde la salvaguardia de las tinieblas. Al dedicarme a este nuevo afán, no podría decir de cuánto tiempo dispongo; no sé si me queda aún otra hora, no sé si mi vida llegará hasta el anochecer.

Por ello, no emprendo mi narración como si fuera una ocupación ociosa. ¡Y la emprendo además el día de mi cumpleaños! Hoy cumpla mis primeros veinticuatro años de vida; hoy empieza el primer año de mi vida que no ha sido recibido con una sola palabra de afecto, con una sola muestra de cariño. Aún hay, sin embargo, una mirada de bienvenida que me encuentra en mi soledad: la adorable mirada matinal que tiene la naturaleza, tal como ahora la contemplo desde el encierro de mi habitación. Luce poco a poco con creciente luminosidad el sol lujuriente por entre los bancos de nubes púrpuras, cargadas de lluvia; los pescadores extienden sus redes a secar sobre los declives más bajos del roquedo; juegan los niños en torno a los botes amarrados en la playa; la brisa marina sopla con frescura y con pureza tierra adentro. Todos los objetos brillan y destacan al mirarlos, todos los sonidos son gratos de oír al tiempo que trazo con mi pluma los primeros renglones que han de dar comienzo a la historia de mi vida.

II

Soy el segundo hijo de un caballero inglés de inmensa fortuna. Según tengo entendido, nuestra familia es una de las más antiguas de este país. Por parte de mi padre se remonta a mucho antes de la conquista de los normandos; por parte de mi madre puede que no sea tan antigua, pero sí tiene más noble abolengo. Amén de mi hermano el mayor, tengo una hermana más joven que yo. Mi madre falleció poco después de dar a luz al último de sus hijos.

Debido a una serie de circunstancias que más adelante saldrán a colación, me he visto obligado a renunciar al uso de mi apellido paterno. Por honor me he visto en la obligación de renunciar a su uso, y por honor me abstendré de mencionarlo aquí. En consecuencia, como encabezamiento de las páginas que siguen me he limitado a escribir mi nombre de pila, pues no me parece que tenga ninguna importancia añadir el apellido que he terminado por emplear, y que tal vez me vea obligado a cambiar por algún otro en un momento puede que no muy lejano. Confío en que ahora, desde el principio mismo, se comprenda por qué no llamo a mi hermano y a mi hermana más que por sus nombres de pila, por qué dejo en blanco el lugar en que debiera figurar el nombre de mi padre, por qué se oculta mi propio apellido en esta narración, así como se oculta en el mundo en que vivo.

El relato de mi infancia y juventud tiene poco interés; no añadiría nada nuevo. Mi educación fue como la educación

de tantos cientos de muchachos pertenecientes al mismo rango que tengo yo en la vida. Al principio asistí a clase en una escuela privada y luego asistí a una facultad, con objeto de completar lo que suele denominarse «una educación liberal».

La vida que llevé en la facultad no me ha dejado un solo recuerdo placentero; allí encontré que la adulación, más que moneda corriente, estaba sentada como principio de conducta; pavoneándose por las calles, en las borlas doradas de los señores; entronizada en el refectorio, en la tarima que tenían reservada. El estudiante más aventajado de mi facultad, el hombre cuya vida era más ejemplar, cuyos logros suscitaban más admiración, me fue presentado cuando se encontraba sentado, en calidad de plebeyo, en el sitio más inferior. El heredero de un condado, que no había aprobado el último examen, me fue señalado minutos más tarde cuando cenaba a solas, a lo grande, en una de las mesas elevadas sobre una tarima por encima del resto, por encima de los reverendos eruditos que le habían dado la espalda por considerarlo un asno. Yo acababa de llegar a la universidad y acababa de recibir las correspondientes congratulaciones por haber ingresado en «un venerable seminario del saber y la religión».

Por vulgar y por perogrullesco que pueda parecer, reseño esta circunstancia concurrente en mi ingreso en la facultad porque constituyó la primera causa de la disminución de mi fe en la institución a la que estaba ya ligado. Muy pronto di en considerar la enseñanza universitaria que había de recibir como una suerte de mal necesario, al cual no me quedaba más remedio que someterme con paciencia. No estudié con ánimo de destacar y tampoco me adherí a un determinado grupo de hombres. Estudié literatura francesa, italiana y alemana; ahondé en mi conocimiento de los clásicos nada más que lo suficiente para obtener la licenciatura y terminé mis estudios en la facultad sin haberme labrado más reputación que la de ser indolente y reservado.

Cuando regresé a mi casa, como era el benjamín y no podría heredar ninguna de las tierras que eran propiedad de la familia, salvo en el supuesto de que mi hermano falleciera sin haber engendrado hijos, se consideró necesario que iniciase la práctica de una profesión. Mi padre tenía influencia en algunas valiosas «prebendas» y estaba en perfecta sintonía con varios miembros del gobierno. La iglesia, el ejército, la armada y, en última instancia, la abogacía, eran las opciones que se me ofrecieron. Escogí la última.

Mi padre pareció ligeramente perplejo ante mi decisión, pero no hizo mayor comentario al respecto, aparte de limitarse a decirme con toda sencillez que no me olvidase de que la abogacía era un buen trampolín para saltar al Parlamento. Mi verdadera ambición, sin embargo, no era forjarme un nombre de peso en el Parlamento, sino en la literatura. Por entonces, ya me había comprometido en el arduo pero glorioso servicio a la pluma y estaba determinado a perseverar en mi empeño. La profesión que me ofreciera las mayores facilidades para llevar a cabo mi proyecto iba a ser la profesión que yo escogiera. Por eso escogí la abogacía.

De este modo inicié la vida bajo los mejores auspicios. Aunque era el benjamín de la familia, sabía que la riqueza de mi padre, exclusivamente dependiente de las tierras que poseía, me garantizaría unos ingresos propios muy por encima de mis necesidades. No tenía hábitos extravagantes, ni gustos que no pudiera gratificar en el momento mismo en que cuajaban; no tenía preocupaciones ni responsabilidades de ninguna especie. Podría dedicarme a mi profesión o no hacerlo en absoluto, según quisiera. Podía dedicarme por completo y sin reservas a la literatura, a sabiendas de que, en mi caso, la pugna por la fama nunca sería idéntica —terriblemente, gloriosamente idéntica— a la pugna por el pan. En mi caso, el sol matinal de la vida lucía sin que lo ocultase una sola nube.